



Hermano, si sois cristiano, como pareáis, por amor de Dios os ruego que encaminéis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito.

“vea en condición de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.”

Estas, en suma, fueron las razones que la carta contenía, y las que me hicieron poner luego en camino sin esperar otra respuesta, ni otros dineros: que bien claro conocí entonces que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, había movido á Don Fernando á enviarme á su hermano.

El enojo que contra Don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenía ganjeada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo otro día me puse en mi lugar al punto y hora que convenía para ir hablar á Luscinda. Entré secreto, y dejé una mula en que venía, en casa del buen hombre que me había llevado la carta, y quiso la suerte que entonces la tuviese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja, testigo de nuestros amores.

Conocióme Luscinda luego, y conocía yo; mas no como debía ella conocerme, y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condición mudable de una mujer? Ninguno por cierto. Digo, pues, que así como Luscinda me vió, me dijo: “Cardenio, de boda estoy vestida, ya me están aguardando en la sala Don Fernando el traidor, y mi padre el codicioso, con otros testigos, que antes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el cual, si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorbar más determinadas fuerzas, dando fin á mi vida, y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo.” Yo le respondí turbado y aprieta, temeroso no me faltase lugar para responderla: “Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme, si la suerte nos fuere contraria.”

No creo que pudo oír todas estas razones, porque sentí que la llamaban aprieta, porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento.

No acertaba á entrar en su casa, ni podía moverme á parte alguna; pero considerando cuánto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo más que pude, y entré en su casa, y como yo sabía muy bien todas sus entradas y salidas, y más con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: así que sin ser visto tuve lugar de ponerme en el hueco que hacía una ventana de la misma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubría, por entre las cuales podía yo ver sin ser visto todo cuanto en la sala se hacía.

¿Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazón mientras allí estuve, los pensamientos que me ocurrieron, las consideraciones que hice? Que fueron tantas y tales que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan: basta que sepáis que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solía. Traía por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no había persona de fuera sino los criados de casa.

De allí un poco salí de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecían, y como quien era la perfección de la gala y bizarría cortesana.

No me dió lugar mi suspensión y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traía vestido; sólo pude advertir á los colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacían, á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que, en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con más resplandor á los ojos ofrecían.

¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿De qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorable enemiga mía? ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que movido de tan manifiesto agravio, procure, ya que no la venganza, á lo menos perder la vida? No os canséis, señores, de oír estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues eada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo discurso.

A esto le respondió el cura que no solo no se cansaba de oírle, sino que les daban muchos gusto las menudencias que contaba, por ser tales que merecían no pasarse en silencio, y la misma atención que lo principal del cuento.

—Digo, pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala entró el cura de la parroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: *¿Queréis, señora Luscinda, al señor Don Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la santa madre Iglesia?* Yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oídos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondía, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte ó la confirmación de mi vida.

¡Oh, quién se atreviera á salir entonces, diciendo á voces: Luscinda, ah Luscinda mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mía y que no puedes ser de otro! Advierte que el decir tú sí, y el acabármela la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah, traidor Don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿qué quieres, qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido.

¡Ah, loco de mí! ahora que estoy ausente y lejos del peligro, digo que había de hacer lo que no hice: ahora que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazón para ello como lo tengo para quejarme: en fin, pues fui entonces co-barde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco.

Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: *Si quiero;* y lo mismo dijo Don Fernando, y dándole el anillo, quedaron en indisoluble nudo ligados.

Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el corazón, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir cuál quedé yo viendo en el sí que había oído, burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algún tiempo el bien que en aquel instante había perdido: quedé falto de consejo, desamparado á mí parecer de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: sólo el fuego se acrecentó de manera, que todo ardía de rabia y de celos.

Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que Don Fernando tomó luego, y se le puso á leer á la luz de una de las hachas; y en acabando de leerle, se sentó en una silla y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacían para que del desmayo volviese.

Yo, viendo alborotada toda la gente de casa me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinación que si me viesen, de hacer un desatino tal, que todo el mundo viniera á entender la justa indignación de mi pecho en el castigo del falso Don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe de tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que después acá me ha faltado; y así sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mío, fuera fácil tomarla), quise tomarla de mi mano, y ejecutar en mí la pena que ellos merecían, y aun quizá con más rigor del que con ellos se usara, si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena; mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida.

En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquella donde había dejado la mula hice que me la ensillase, sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro á miralla; y cuando me ví en el campo solo, y que la obscuridad de la noche me encubría y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de Don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me había hecho.

Dile títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida; pero sobre todo el de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la había cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, entregarla á aquel con quien más liberal y franca la fortuna se había mostrado: y en mitad de la fuga de estas maldiciones y vituperios la disculpaba, diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentilhomme, que á no querer recibirle, se podía pensar ó que no tenía juicio, ó que en otra parte tenía la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinión y fama.

Luego volvía diciendo, que puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no había hecho en escogerme tan mala elección que no la disculparan, pues antes de ofrecérselos Don Fernando, no pudieran ellos mismos acertar á desear, si con razón midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija; y que bien pudiera ella antes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le había dado la mía; que yo viniera y condescendiera con todo cuanto ella acertara finir en este caso.

En fin, me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambición y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me había engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos.

Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y dí al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres días sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á qué mano destas montañas

caen, y allí pregunté á unos ganaderos que hacia dónde era lo más áspero destas sierras. Dijéronme que hacia esta parte: luego me encaminé á ella con intención de acabar aquí la vida; y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, ó lo que yo más creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pié, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese.

De aquella manera estuve no sé que tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros, que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habían hallado, y cómo estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí después acá, que no todas las veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entonces que procurar acabar la vida voceando; y cuando en mí vuelvo, me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme.

Mi más común habitación es el hueco de un alcoroque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y así, aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apeteerlo y la voluntad de tomarlo: otras veces me dicen ellos, cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos, y que se lo quito por fuerza aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas.



Esta manera paso mi miserable y extremada vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura y de la traición de Luscinda y del agravio de Don Fernando; que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo de esta estrechez en que por mi gusto he querido ponerle.

Esta es, oh señores, la amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal que pueda celebrarse con menos sentimientos que los que en mí habéis visto: y no os canséis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razón os dijere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recibir no la quiere.

Yo no quiero salud sin Luscinda; y pues ella gusta de ser ajena, siendo ó debiendo ser mía, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha. Ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdición; yo querré con procurar perderme hacer contenta su voluntad, y será ejemplo á los por venir de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y en mí es causa de mayores sentimientos y males, porque aún pienso que no se han de acabar con la muerte.

Aquí dió fin Cardenio á su larga plática y tan desdichada como amorosa historia; y al tiempo que el cura se prevenía para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz que llegó á sus oídos, que en lastimados acentos oyeron que decía lo que se dirá en la parte cuarta de esta narración: que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.



## CAPITULO XXVIII

Que trata de la nueva y agradable aventura que al Cura y Barbero le sucedió en la misma Sierra.

**F**ELICISIMOS y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero Don Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinación, como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no sólo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son menos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia. La cual prosiguiendo su rastillado, torcido y aspado hilo, cuenta que así como el cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oídos, que con tristes acentos decía desta manera:

—¡Ay Dios! ¿si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada de este cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Si será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay desdichada! y cuán más agradable compañía harán estos riesgos y malezas á mi intención, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningún hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males.

Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decían, se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos, cuando detrás de un peñasco vieron sentado al pie de un Fresno á un mozo vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro á causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por allí corría, no se le pudieron ver por entonces; y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los pies, que eran tales, que no parecían sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido.

Suspendióles la blancura y belleza de los pies, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño; y así viendo que no habían sido sentidos, el cura, que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detrás de unos pedazos de peña que allí había; así lo hicieron todos, mirando con atención lo que el mozo hacía, el cual traía puesto un capotillo pardo, de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca: traía ansimismo unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda: tenía las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecía.

Acabóse de lavar los hermosos pies, y luego con un paño de tocar, que sacó de bajo de la montera, se los limpió; y al querer quitárselo alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban, de ver una hermosura incomparable, tal que Cardenio dijo al cura con voz baja:

—Esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina.

El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte, se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia: con esto conocieron que el que parecía labrador, era mujer, y delicada, y aun la más hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habían visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda, que después afirmó que sola la belleza de Luscinda podía contender con aquella.

Los lengos y rubios cabellos no sólo le cubrieron las espaldas mas toda en torno la escondieron debajo dellos, que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecía: tales y tantos eran.

En esto les sirvió de peine unas manos, que si los pies en el agua habían parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejabar pedazos de apretada nieve: todo lo cual en más admiración y en más deseo de saber quién era, ponía á los tres que la miraban.

Por esto determinaron de mostrarse, y al movimiento que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacían; y apenas los hubo visto, cuando se levantó en pie, y sin aguardar á calzarse ni á recoger los cabellos, así con mucha presteza un bulto como de ropa que junto á sí tenía, y quiso ponerse en huida, llena de turbación y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, cuando no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo. Lo cual visto por los tres, salieron á ella, y el cura fué el primero que le dijo:

—Deteneos, señora, quien quiera que seáis, que los que aquí veis sólo tienen intención de servirlos: no hay para qué os pongáis en tan impertinente huida, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros consentir.

A todo esto ella no respondía palabra, atónita y confusa. Llegaron, pues, á ella, y asiéndola por la mano el cura, prosiguió diciendo:

—Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren, señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno,